

Desembarazado O'Higgins de su terrible antagonista, pudo dedicarse con calma á trabajos estratéjicos para recobrar un país perdido por la desunion y el desacuerdo, y que el jeneral San Martin pensaba reconquistar para gloria suya y de su nacion. Luego que llegó á Mendoza envió al director Posadas una relacion muy detallada de la batalla de Rancagua, suplicándole apoyase sus futuros proyectos. Sin esperar la respuesta, fué á Buenos-Aires á hablar con él, y le halló en un grande apuro con motivo de los rumores que corrian de la próxima espedicion de Morillo contra aquella república. Obligado Posadas poco tiempo despues á renunciar la dictadura, su sobrino el jeneral Alvear no fué mas favorable que él á los proyectos de O'Higgins, ocupado como estaba en poner el país en estado de defensa contra el ejército de Pezuela, entonces victorioso en el alto Perú, y tambien porque se inclinaba mas á Carrera, á causa sin duda de que se manifestaba enemigo de San Martin. Pero no sucedió lo mismo con Alvarez. En aquellos momentos no tenia que temer el país la espedicion de Morillo que habia desembarcado en las costas de Venezuela, pero estaba amenazado por dos ejércitos, que obrando en combinacion podian poner en grave riesgo la república. Uno de ellos era el de Pezuela, que venia triunfante del norte, y el otro el de Ossorio, que debia atravesar las cordilleras y caer sobre Mendoza con soldados valientes, bien disciplinados y victoriosos.

En tal conflicto, Alvarez oyó las proposiciones de O'Higgins para una espedicion, cuyas ventajas habia

los objetos patrióticos de esta determinacion, me fué otorgada la licencia con recomendaciones para el presidente de aquella república. Manifiesto de don José Miguel Carrera, página 27.

demostrado en artículos que él y su amigo Villegas escribieron en el Censor de Buenos-Aires, y le prometió ocuparse activamente del asunto. Un día le manifestó deseo de seguir el plan de Carrera, enviando quinientos hombres á Coquimbo, lo que no aprobó O'Higgins, creyendo, no sin falta de razon, que su objeto era exigir contribuciones en el país para reunir fondos de que carecia y de que tenia gran necesidad (1). En vista de esta desaprobacion, Alvarez no pensó mas que en levantar un ejército de alguna importancia en Mendoza, y comprometió á O'Higgins á que fuese allá al instante á ayudar á San Martin en su organizacion. La empresa no era fácil, porque faltó Alvarez de hombres y dinero, abandonó á San Martin á sus propios recursos y le colocó en la necesidad de poner en contribucion á todos los habitantes de la provincia de Mendoza, ricos y pobres, de lo que sin embargo no manifestaron queja aquellas desgraciadas poblaciones, tan arraigado estaba en sus corazones el prestigio de su jefe. O'Higgins trabajó sin descanso, y casi se debió tanto á su infatigable celo como al del jeneral en jefe, el que este ejército fuese levantado, disciplinado y en parte pagado por él, gracias á 12,000 pesos que un tal Lavigne envió á Mendoza, y á 10,000 que Rosas habia dejado en esta ciudad. Ambas cantidades, y algunos empréstitos que pudo realizar ayudado por sus amigos, contribuyeron á que fuese menos miserable la suerte de sus soldados.

El ejército se componia de tres mil novecientos sesenta hombres distribuidos de la manera siguiente.

El batallon número 7, mandado por el teniente coronel Conde, y compuesto de esclavos de la provincia, con oficiales sacados del batallon número 8,

(1) Conversacion con don Bernardo O'Higgins.

El batallon número 8, compuesto casi en su totalidad de negros, á las órdenes del teniente coronel Rodriguez.

El batallon número 11, que se completó, al mando del teniente coronel Las Heras.

El batallon de cazadores número 1, á las órdenes de Alvarado.

Los granaderos de caballería de San Martin con el valiente Zapiola á su cabeza.

En fin una brigada de artillería, mandada por el teniente coronel Plaza.

Estas tropas, reunidas en un campamento á dos ó tres leguas al norte de la ciudad, fueron instruidas y disciplinadas con el mayor esmero, y al cabo de algunos meses maniobraban con la precision de veteranos y estaban en disposicion de emprender la campaña. Sin embargo, su número era muy inferior al del ejército realista, compuesto de cinco mil hombres, sin contar los milicianos que eran muchos, y tenian ademas que atravesar toda la estension de las cordilleras, montañas de las mas elevadas del globo, con un terreno sumamente desigual, cubiertas de nieve en algunos puntos, sin mas caminos que unos malos senderos rodeados de horribles precipicios, cortados por muchos y muy profundos torrentes, y tan fáciles de defender que bastan unos cuantos soldados para detener todo un ejército. Todas estas dificultades que se presentaban á cada paso, y en medio de las cuales tenia que pasar un gran material de guerra, cañones, muchas cargas, etc., hubieran sido capaces de desanimar al ejército mas osado, si el amor á la libertad y á la patria no le hubiese infundido un gran sentimiento de fanatismo.